

LA LEYENDA DE LA OXIACANTA

Cerca de la pintoresca aldea de Fuentéspeña, en el recuesto de una colina coronada de abetos y castaños, descuella como cúpula verde, un bosquecillo de hayas y encinas, habitado en primavera por pechirrojos, jilgueros y ruiseñores.

Los musiquillos éstos no son ricos, y así pagan sólo en canciones el hospedaje que los árboles les brindan.

Una vetusta y amplia alquería, poblada de niños como la selva de pájaros, avicinase al bosque, y se comunica con él por una alameda de tilos. La casa, habitada de tres siglos atrás por varias generaciones, está dispuesta á la antigua: ventanas de postigos, y por remate de la fachada triangular, una elegante agujeta. Soporta garbosa la casa aquella sus trescientos años de vida, y se apoya por pura fórmula en la torre que le queda á la derecha, como una viejecilla jorobada, en un bordón.

Delante de la torre hay un castaño con el tronco ahuecado y carcomido de pura vejez, pero que, fiel todavía á los hábitos de la mocedad, reverdece cada Abril, y se asemeja á un ramillete colosal cada vez que el sol de primavera lo cubre de flores blancas y rosadas.

A pocos pasos de la vivienda se desarrolla, al través de prados en flor y trigales en cierne, un camino real blanco como una cinta; y paralelo al camino pasa un ferrocarril, negro y ruidoso: la agitación al lado de la quietud, el progreso junto á la tradición.

En segundo término del paisaje, sembrados verdes como esmeralda, regados por airosa fuentequilla, que baña los linderos de la ciudad, perezosamente recostada al pie de los cerros que limitan el horizonte.

A semejante nido de verdor, voy cada año para descansar del tráfigo de la ciudad populosa en que resido, y paso allí el final de la primavera y los tres meses del vera-

no, olvidada del ruido de los coches, la babel de las calles, la luz del gas y el polvo asfixiante de los paseos públicos.

Viven allí cuatro primitas mías, la mayor apenas de siete años; al llegar yo, toda esa gente menuda me colma de cariños.

El año pasado, el coche me dejó á la puerta de la granja, el 1.º de Mayo, á las diez de la noche. Pájaros y niños ya estaban profundamente dormidos; pero unos y otros, así como se acuestan con el crepúsculo, se levantan con la aurora. Apenas acababa de deslizarse al través de las rendijas de la ventana el primer rayo de sol, cuando oí que estaban arañando la puerta. Era Juanilla.

—Entra, le grité desde mi cama.

—¡Ah perezosa!, me respondió; y trepando á un banquito para alcanzar al lecho, me abrazó efusiva. Vamos, siguió diciendo, vén pronto y ayúdame á coger las flores.

—¿Flores para qué?

—¡Ajá!, contestó mirándome con ojazos de asombro; ¿no sabes que ya estamos en el mes de María, y que hay que ponerle un ramillete todos los días?

—Tienes razón, voy á levantarme; miétras, vé á traer la canasta y las tijeras.

Marchóse corriendo y estuvo de vuelta á los dos minutos. Aunque me había dado mucha prisa, no estaba vestida todavía.

Por fortuna, mi maletín de viaje se había quedado abierto, y mientras la chiquilla lo estuvo fisgando y revolviendo, me acabé de arreglar. Media hora más tarde, ya nos hallábamos en el jardín, cogiendo rosas, lirios y clave-llinas.

Juanilla llevaba la canasta, y asomaba la cabecita rubia en medio de las flores que le formaban marco; hubiera yo deseado tener los pinceles de Greuse para retratarla en aquella actitud.

—Basta, le dije.

—No hemos cogido oxiacanta.

—Otro día será.

—No, respondió con voz grave, porque la Virgen se enoja.

—¿Por qué se ha de enojar?

—¿Luego tu mamá no te ha enseñado que es la flor preferida de Nuestra Señora, porque es la flor de los ángeles?

—Seguro que sí, pero se me había olvidado. Voy á cortar unas pocas, volveremos á la casa, y mientras yo voy haciendo los ramilletes, me cuentas tú por qué esa flor es tan amada de María.

—Eso es, me respondió con aires de importancia, pues yo sé muy bien esa historia, y convidamos á mis dos hermanitas y á mi hermano chiquito para que la oigan.

Nos sentamos á la sombra del castaño, al rededor de la cesta, y mientras que Edith y Adela me iban alcanzando las flores una por una, Juanilla me refirió su leyenda en estos términos :

“¿Tú sí sabes que Nuestra Señora es la mamá del niño Dios?” Respondí con la cabeza que mis conocimientos sí llegaban hasta allá. “Pues bueno, cuando el niño Jesús vino á este mundo en un pesebre, donde no había sino un buey y un borrico, los ángeles bajaron del cielo y les avisaron á los pastores que fueran á adorarlo; y una estrella dorada llevó á los tres reyes, que eran unos magos muy buenos; pero ellos tuvieron que pasar por una tierra muy mala que era la tierra de los judíos; y allá había un rey muy perverso, y se asustó con que venía el niño Jesús y mandó que lo degollaran. Pero los ángeles, que adivinan lo que uno piensa, descubrieron la maldad del rey, y uno que estaba cerca de Herodes cuando ordenó que mataran á todos los niños, abrió las alas blancas, y volando, volando, llegó al pesebre de Belén. Era media noche, y todos estaban dormidos. Se le acercó á San José y le dijo: el Rey Herodes quiere dar la muerte al niño Jesús; levántate y llévate á Egipto á la Virgen y á su hijo. San José des-

pertó á María y le contó lo que el ángel le había mandado, desató el borrico, le puso encima el manto, y le ató una cuerda al cuello. Nuestra Señora se echó á llorar, pensando que le querían matar al niño, y resolvió despertarlo cuando todo estuviera listo para el viaje. Pero Jesús no necesita que le adviertan nada, abrió los ojos, se sonrió con su madre y le abrió los bracitos. La Virgen dejó de llorar, montó en el borrico, puso al niño, que ya estaba otra vez dormido, en el regazo y lo envolvió en los pliegues de su manto azul de cielo. El burro se puso á andar como si supiera el camino, y era porque el ángel lo llevaba de cabestro. María y José, que estaban despiertos, no veían al ángel, y el niño, que estaba dormidito, sí lo veía. Caminaron y caminaron tres noches y tres días, primero por los caminos, después por unos pedregales, después por un desierto grande, grande, sin pan que comer ni agua que beber. San José ya no podía más de cansancio, de sed y de calor, y la Virgen también estaba rendida de llevar al niño en una sola postura, por miedo de que despertara.”

—Y el pobre burrito, interrumpió Adela, también estaría medio muerto de tanto andar.

—¡Chito!, dijeron las dos hermanas.

“Al cuarto día...”

—Pero el borrico, ¿cómo no se caía ya de puro cansancio?

“Si me interrumpen, no sigo el cuento. Y, sobre todo, el asno no estaba fatigado, porque Nuestro Señor no lo quiso.”

Con esta explicación, el auditorio se aquietó, y continuó Juanilla:

“Al cuarto día, en el momento en que el sol reverberaba más en la arena, el asno se paró y no quiso seguir. San José miró á la Virgen, y la Virgen le dijo muy pasito al niño: Hijo, ¿qué hacemos? El niño les señaló con la manecita un montón de espinos torcidos y sin hojas que había en el arenal. Bajó Nuestra Señora, ayudada por San

José, tendieron encima de los espinos el manto azul de cielo de María, y pusieron á la sombra al niño Dios. Se inclinaron para adorarlo, y al levantar la cabeza, el zarzal se había convertido en una oxiacanta frondosa, cubierta toda de olorosas florecitas blancas.

Debajo del niño nació una alfombra de césped verde, y empezó al lado á brotar una fuentecita como una plata. Y cuando José y María estaban muy admirados, el niño Dios, que sabe hablar sin palabras, les dijo en el idioma del Paraíso: Bajo el manto de mi madre florecieron las zarzas; en el corazón de mi madre florecerán las almas. Y yo quiero que tus altares se adornen con estas blancas florecillas en recuerdo de nuestro viaje á la tierra de Egipto. Con que ya ves, prima, que hay que poner flores de espiño blanco en los altares del mes de María.”

Terminada la narración, corrimos á la iglesita de la vecina aldea; ya los alegres repiques de las campanas anunciaban las flores de Mayo; pero llegamos á tiempo para que nuestros ramilletes quedaran á los pies de la imagen de María, que parecía sonreír á la rubia niña que nos acababa de contar la poética leyenda.

MARÍA PAULOCKSA

(De *L'Ouvrier*)

NUEVA EDICION

DE LAS APUNTACIONES DE CUERVO (1)

Publicó en 1872 el Sr. D. Rufino J. Cuervo la primera edición de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, el más leído en Colombia entre los libros científicos; el que ha ejercido mayor influencia en el habla, no sólo de los educados sino aun de las clases populares; li-

(1) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, con frecuentes referencias al de los países de Hispano-América, por Rufino José Cuervo.—Quinta edición muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida.—París,—A. & R. Roger y F. Chernoviz, editores.—1907.—Pp. XL+692 en 8.º